

## HACIA LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA NOVIOLENCIA. ALGUNAS CLAVES.- (\*)

Mario López Martínez

Profesor de Historia Contemporánea

Instituto de la Paz y los Conflictos (Universidad de Granada, España)

(\*) en Freddy Cante y Luisa Ortiz (comp.) (2005) *Acción política no-violenta en Colombia, una opción para Colombia*, Bogotá, Centro Editorial Universidad del Rosario, pp. 211-236.

Aquellos científicos sociales que señalan, con carácter de demostración firme, que ha habido un aumento significativo de los signos de la barbarie y la deshumanización en nuestro último siglo (Hobsbawn, Glover, Todorov, etc.), es difícil negarles tal certeza y todavía podría ser más arriesgado y atrevido hablarles o convencerles de que, también, han existido y existen procesos de *institucionalización* de la noviolencia. En todo caso, esta literatura no se contenta con mostrar la existencia del mal (violencia), sino advertirnos de su banalidad (Arendt) y de la necesidad de encontrar alternativas a ella: en la imaginación moral, en otra manera de hacer política, en poner freno a las escaladas, etc., todos ellos planteamientos de mucho interés para la construcción de un pensamiento noviolento.

Si esta hipótesis es cierta (la institucionalización), como pretendo demostrar en este ensayo, esto es, que a pesar de aquella tendencia a la deshumanización (o al menos la concreción histórica del fenómeno), también se percibe un creciente proceso de deslegitimación de las ideas, del uso y del respaldo a que la fuerza violenta en las relaciones humanas (en todos sus niveles, también entre estados) tenga visos de resolver y satisfacer, como solución sostenible, los conflictos que hay en el mundo. O, dicho de otra manera, está calando la idea de la importancia que puede tener buscar otras alternativas a la violencia y, en consecuencia, hacer más visible, real y concreto el papel estratégico, ético-político y social que puede tener la noviolencia en ese contexto.

Nosotros vamos a respaldar en este ensayo que la *institucionalización* es parte no sólo de una interpretación de algunos fenómenos sociales, sino también de un proceso persistente que se está fraguando en muchos niveles y escalas, en el que la reducción, deslegitimación o eliminación de la violencia (en todas sus formas y conceptualmente como se aplica en los Estudios para la paz), en un sentido amplio, reforzaría tal proceso, quizá hasta el punto de cambiar el paradigma dominante de la violencia por otro de cultura(s) de paz. Si bien, en lo concreto, sólo cabe analizar si algunos de estos fenómenos ayudan o retrasan tal proceso (cuestión en la que no vamos a entrar en esta propuesta analítica). Si la hipótesis es plausible, la de la institucionalización, cabría preguntarse: ¿en que dirección vamos y cuánto se ha alcanzado? Institucionalización de la noviolencia que, de esta manera expresada, significa un proceso, un desarrollo, un continuo (aunque no lineal por supuesto), ya empezado pero no terminado.

Por seguir con algunas aclaraciones, optamos por el concepto *institucionalización*, que remarca mucho más el sentido de proceso en construcción, dejando a un margen por el momento otras posibles opciones, tales como *noviolencia institucionalizada*, considerando que aún puede ser precipitado (salvo excepciones), al menos en forma generalizada, referirnos a un fenómeno según el cual ya se hayan conseguido admitir de una manera significativa y reconocida la noviolencia en las instituciones como una regla prioritaria y proceso conclusivo, aún siendo un optimista moderado (como es mi caso), considero que resta aún mucho para conseguirlo, al menos en un sentido positivo de noviolencia (específica) que no tanto en un sentido negativo (noviolencia genérica); y, todavía podríamos incorporar un tercer concepto: el de *noviolencia institucional*, que es

complementario del anterior, en el que cabría añadir el reconocimiento formal de instituciones asociadas directamente del concepto noviolencia, por tanto, proceso consolidado al menos en ciertas esferas que han impregnado a las instituciones dándoles ese componente característico.

Polemizando algo más y comenzando por el final, el adjetivo institucional parecería poco adecuado para ligarlo con el sustantivo noviolencia (al menos en ciertos procesos históricos o contextos). Cualquier observador advertiría que la historia reciente de la noviolencia induce a pensar, de inmediato, que sus acciones y efectos han conducido justamente a quebrar o desvanecer aquellas instituciones contra las que se opuso. Este es el caso de la lucha contra las instituciones del apartheid en Sudáfrica, la no-cooperación noviolenta en la India contra las instituciones del imperio británico, las acciones contra los sistemas totalitarios y dictatoriales, tanto del *socialismo real*, como de los regímenes de sable y terror. Es cierto, la noviolencia en su respuesta integral a todas las formas de violencia, trata de minar aquellas instituciones y organismos que legitiman el uso o monopolio de ésta. Luego explicaremos un poco mejor qué quiere decir esto cuando nos refiramos a qué debemos entender por noviolencia.

Efectivamente, cuando hablamos de *institucional* nos referimos a aquello que pertenece a la *institución*, lo que se podría entender como aquella categoría social que, aparecida para atender alguna necesidad básica de la sociedad, adquiere carácter orgánico y permanente y, a menudo, posterior reglamentación jurídica. En unos casos se trata de modos de pensar, sentir y actuar que el individuo encuentra preestablecidos y que se transmiten, por lo general, a través de la socialización y la educación; en otros casos, se hace referencia a organizaciones sociales (como la familia, el gobierno, la iglesia, etc.) caracterizadas por constituir caminos establecidos y organizados para satisfacer necesidades básicas (seguridad, educación, etc.); en otros, de conjunto de ideas y creencias, de usos y costumbres que forman un todo coordinado y organizado. Como podemos ver, el término institucional puede significar muchas cosas.

En esta lógica, es muy normal mencionar términos como la democracia institucional (señalando que nos referimos entre otras cosas a las instituciones democráticas), la educación institucional, la política institucional, y así un largo etcétera. Cuando estamos hablando de tal cosa, lo hacemos para señalar, como para el caso de la pedagogía institucional, que nos referimos al análisis de los distintos elementos que constituyen la estructura de la escuela, tales como la organización educativa, el marco espacial, la formación de grupos, la actividad individualizada, etc. En unos casos, lo institucional habrá generado estructuras, instancias, reglas, procedimientos y ordenamientos propios, muy acabados y perfectamente integrados en el modelo o sistema jurídico-político, conformando incluso parte consustancial de tal sistema (este es el caso del sistema educativo que se ha acabado institucionalizando y forma parte ineludible de nuestras sociedades); y, en otros casos, se estará en una fase completamente inicial y primigenia, pero en la que ya se pueden ir apuntando o desvelando algunas líneas posibles de actuación que podrían derivar en futuras organizaciones, estructuras, marcos legales, etc.

Cabe preguntarse ¿esto es lo que podría ocurrir con la noviolencia, que acabara convirtiéndose en algo institucional que generara todas o, al menos, algunas de esas cualidades que apuntábamos en el párrafo anterior? Es decir, ¿llegar a ser una manera de pensar, sentir y actuar que el individuo encontraría de manera preestablecida y que se transmitiera desde las primeras estancias socializadoras y educativas, o que fuese admitida como un conjunto de ideas y creencias, usos y costumbres que forman un todo coordinado y organizado en la sociedad? ¿Podría llegar un día que al igual que hablamos de

instituciones educativas o democracia institucional, también, pudiéramos referirnos con toda naturalidad a la noviolencia institucional o, al menos, a la existencia de instituciones noviolentas? A ello pretendo dedicar las próximas páginas. Siendo muy consciente que comenzaré por pedir paciencia, al amable lector, puesto que no es fácil en pocas páginas dejar esbozadas algunas líneas de un debate que, por muy inicial que sea, no deja de ser complejo y multifactorial, y que abarcaría un análisis integral de todos nuestros sistemas sociales y de creencias (incluidas, por supuesto, las maneras de hacer ciencia). Tarea difícil pero no imposible, por tanto, apuntaré sólo algunas líneas que permitan a quien esto lee seguir pensando y deliberando sobre el particular.

Para terminar con esta introducción en la que pretendemos defender el término *institucionalización* (del verbo institucionalizar) para este proceso; quizá resulte más fácil empezar por lo siguiente: si observamos lo que hicieron Gandhi, Luther King Jr. y otros caracterizados líderes de la noviolencia (Jane Addams, A.J. Muste, Cesar Chavez, Petra Kelly, Lanza del Vasto, Narayan Desai, Danilo Dolci, Aldo Capitini, Albert Luthuli, Nelson Mandela, Demond Tutu) a lo largo de sus muchos años de producción literaria e historiográfica, de sus formas de acción, de su práctica del liderazgo, de su comportamiento, etc., encajaría muy bien decir que, de una y otra manera, cada uno a su estilo, llegaron a *institucionalizar* la noviolencia. No sólo en el sentido de sistematizar todo un conjunto de ideas y creencias, dándoles cuerpo científico, es decir, construyéndolo como una forma de saberes o de filosofía, sino anunciando sus características predominantes y sus procedimientos vinculantes en el campo de las relaciones políticas y sociales. Lo que ellos hicieron fue institucionalizar (o apuntar a procesos de institucionalización o, si se quiere, convertir en institución) una forma de hacer y conducirse en política; esto es, generaron estructuras, reglas y procedimientos propios que, sistematizados, terminaron por crear todo un *sistema* que, en el caso gandhiano, se le llegó a llamar *satyagraha*. Cuando tuvieron que hacer frente a sus adversarios, éstos sabían cuál sería la manera de conducirse de aquéllos: hacer política sin matarles, sin dañarles, sin causarles sufrimiento. El virrey y todos los británicos sabían que las luchas gandhianas partían de la base de no causar víctimas mortales, habría eso sí: forcejeos, formas de acción directa y de presión psicológica, desobediencia civil, no-cooperación, etc., pero nunca una muerte producida por un *satyagrahi* (partidario de *satyagraha*). Gandhi pudo demostrar, no sólo a sus adversarios británicos, sino a todo el mundo, que había una forma diferente de conducirse en política, la forma noviolenta. Gandhi logró *institucionalizar* o apuntar caminos hacia la *institucionalización* de la noviolencia en todas sus actuaciones. La noviolencia se convirtió, por así decirlo, en su paradigma, en un sentido amplio: desde sus formas cotidianas hasta la manera de construir pensamiento o ciencia. Aún más, en el caso de Gandhi, por lo que sabemos, llegó a ser un ejemplo de conversión de la noviolencia en una forma de política institucionalizada o institucional.

Sirva ahora una última consideración. Por comparación, cuando hablamos en términos amplios del concepto que en inglés se expresa como *warfare*, nos estamos refiriendo a los *sistemas de guerra* y de lucha armada, todo un concepto bien complejo que designa desde saberes, hasta reglas, etc., es decir, todo un sistema institucional o institucionalizado de cómo hacer y conducir la guerra, desde teorías, estrategias, tácticas, sistemas, medios, procedimientos, etc., coordinados y organizados, cuya máxima expresión ha sido la creación de los ejércitos (profesionales, estables o guerrillas), además considerados como una institución permanente en el tiempo y universales, así como la fabricación de armamento, entre otros, para organizar la defensa (antes llamada guerra). Nadie tiene problemas en admitir esto. ¿Existe algo similar al *warfare* pero en un sentido

contrario, algo así como todo un sistema de saberes, reglas, procedimientos, etc., que no admita el uso de la violencia y que busque alternativas a ello, algo así como un *sistema de no violencia* (como *nonviolencefare*, término que no existe)? Lo más cercano a ello es *satyagraha gandhiana* que implica, sin proponérselo (al menos Gandhi no pretendió ser hasta ese punto lo que hoy diríamos sistemático), toda una sistematización alternativa a la violencia, todo un programa constructivo que recogiera y aplicara los valores de la no violencia. Ahondar en esa sistematización, aplicarla a la vida cotidiana, política, económica, etc., en definitiva a todos los órdenes de la vida, permitiría hablar de ahondar en un proceso que bien podríamos denominarlo institucionalización de la no violencia.

### *1.- No violencia, sobre el concepto y sus dimensiones.*

La no violencia es un término tan complejo que difícilmente resiste una sola definición. Si bien podría ser considerada como la simple negación o rechazo de la violencia en todas sus formas, que es una manera de considerarla o definirla en términos negativos; también, podría ser considerada como la forma más acabada de lucha por la justicia respetando la vida del adversario en ese proceso, dicho de otra manera, sería la construcción de un programa integral y en positivo a favor de la paz (sustitutivo, por tanto, de la violencia, y no sólo rechazo o negación).

Sin ahondar en las múltiples raíces históricas, filosóficas, doctrinales, etc., en las que podríamos asentar la no violencia, algunas de las cuales son importantes como el precepto ético de *ahimsa*, procedente de la cultura indostánica (concretamente del jainismo pero expresado en otras creencias) y su significado negativo de no causar daño, sufrimiento o muerte en otro ser (no sólo acción sino también pensamiento), o en su significado positivo de inocencia, pureza, ausencia de malicia, de amor, de fraternidad, etc., nos ofrece sólo una dimensión de la multiplicidad de opciones que significaría una no violencia aplicada desde este precepto para el campo de la política, la economía, la sociedad, etc. En este sentido podríamos, muy bien, definir en positivo la no violencia como un *proceso hacia la humanización* en todos los órdenes de las relaciones humanas, todo aquello que las favorezca, que no las niegue, que permita su desarrollo, que genere satisfacciones, etc., estaría en esa línea de la humanización, aplicada a la vida cotidiana pero también a la política, a la economía, etc.

A estos efectos prácticos, la no violencia es, además y no sólo, un método de intervención en conflictos que nos permite conocer cómo, de qué manera, etc., aplicarla a procesos y técnicas de mediación, negociación, transformación, etc., en situaciones conflictuales, buscando la preservación de toda una serie de valores como la vida, el bienestar, la autonomía, la identidad, etc., que permitan bajar los niveles y grados de daño, sufrimiento, muerte, etc., en todo proceso conflictivo. En este sentido, una de las aplicaciones prácticas de la no violencia es su desarrollo como un método de lucha «sin armas de fuego», con una amplia gama de métodos, procedimientos, técnicas, usos, reglas, etc., que permitan encarar la búsqueda de la justicia, la dignificación del ser humano, el reconocimiento de sus derechos, etc., sin que por ello se tenga que perder ninguna vida, sin que tenga que perecer nadie.

Asimismo, podríamos contemplar también la no violencia, en un sentido conceptual, de manera más amplia y profunda que enlazaría con la humanización. Podríamos pensar en la no violencia como una forma de vida, de experimentación, de conocimiento, de cosmovisión, de ciencia, etc., tal como una forma de filosofía y ética aplicadas a nuestro proceso de formación como personas y como sociedades. No quiero decir una religión o

una ideología con respuesta para todo y para todos, no no es eso, sino una manera, también y no sólo, de buscar la paz interior, de conexión entre lo individual y lo social, incluso de relación entre ser humano y otros seres vivientes, y la Naturaleza que podría suponer cambios profundos no sólo de enfoques y perspectivas, sino de paradigmas dominantes.

Aún podemos seguir indagando en las definiciones conceptuales de la noviolencia. Ahora lo voy a hacer desde otra lógica. Dado que la noviolencia es una negación del concepto de violencia (entre otras muchas cosas como acabamos de ver), debemos suponer que la noviolencia quiere poner freno a todas las manifestaciones conceptuales que usemos de la violencia. Obviamente existen muchas formas de definir la violencia. Usaremos tres que son, hoy día, muy aceptadas por la Investigación para la paz, me refiero a la violencia directa (violencia física activa), la violencia cultural y la violencia estructural.

Por *violencia directa* hemos de entender la violencia clásica, aquella que causa daño, sufrimiento y hasta muerte en las personas: asesinatos, secuestros, torturas, guerras. Asimismo este tipo de violencia hemos de caracterizarla del siguiente modo, a saber, hemos de entender que la violencia se produce cuando 1) un sujeto A (persona, grupo, Estado, etc.) causa sufrimiento o lesiones físicas a otro sujeto B (personas), 2) cuando A lo hace en contra la voluntad de B, 3) cuando A lo hace de manera intencional, y 4) cuando lo hace mediante el uso de la fuerza física. La forma más brutal de todo ello son los métodos militares, bélicos y armados (guerra nuclear, guerra total, guerra de guerrillas, holocausto, etc.).

Por *violencia cultural* se entienden aquellos aspectos de la civilización, la educación y la socialización que se ejemplifican en los símbolos, la religión, el lenguaje, el arte, la ideología, las ciencias, etc., que pueden servir para justificar y legitimar la violencia directa o la violencia estructural.

Finalmente, la *violencia estructural* es aquella que se ejerce de manera indirecta y no necesariamente ha de ser intencional (aunque puede haber una violencia estructural intencional). Ella se manifiesta en las estructuras socio-políticas que impiden la realización de la persona humana o que dificultan la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales.

Bien, expresadas esas formas de violencia cómo se manifiesta a partir de ahí la noviolencia. En primer lugar, deslegitimando, denunciando y criticando el uso de la violencia, advirtiendo de sus consecuencias, del daño irreversible que puede producir y, muy especialmente, auto excluyéndose de usarla.

Ahora bien, para los casos concretos expuestos existe un mayor despliegue. En el primer caso, frente a la violencia directa, la noviolencia se expresa como pacifismo (no a la guerra), objeción de conciencia (no a matar en nombre del Estado a otros seres humanos), como despliegue de métodos de lucha político-social no armados, como auto control, etc. Esto implica todo un conjunto de técnicas que son ya muy conocidas (sentadas, manifestaciones, huelgas, etc.) y que deben conducir a reducir al máximo los niveles de violencia de todo tipo, así como el daño físico o el sufrimiento del adversario.

En segundo lugar, en lo que se refiere a la violencia cultural, denunciando la cultura de la guerra y de la violencia: armamentismo, militarismo, sexismo, etnocentrismo, competitividad destructiva, etc., y construyendo, articulando, reforzando y difundiendo una *cultura de la paz* (derechos humanos, solidaridad, reparto de la riqueza, derecho a la paz, etc.) que abarcaría la educación, la socialización, los medios de comunicación y otros aspectos civilizatorios.

Y, en tercer lugar, en lo que respecta a la violencia estructural se trata de un proceso de toma de conciencia profundo para reconocer cuáles son (y por qué) las víctimas que va

dejando tras de sí todo sistema político, económico y social. Se trata de darle a todo eso remedio y solución, aquí y ahora, no esperando a hacer la revolución para liberar a los necesitados y a los desheredados, a los hambrientos o los sin techo. Ese trabajo se puede hacer de muy diversas formas: participando en las ONG's, cambiando nuestros estilos de vida y de consumo, adoptando la simplicidad voluntaria, no-cooperando con aquella parte del sistema que consideramos injusto, creando formas de comercio y de consumo más solidario y justo, protegiendo la Naturaleza, adoptando hábitos alimenticios menos entrópicos, planteando campañas de desobediencia, plantando cara a las autoridades, modificando las agendas políticas y económicas para que éstas favorezcan a los que menos tienen, etc.

Como se puede ver a cada forma de violencia corresponde una dimensión teórico-práctica de la noviolencia que se amplía significativamente desde métodos de lucha no armada y no cruenta, hasta un «programa constructivo» y creativo de bienestar de todos. En conclusión se podría decir que la noviolencia es la acción y el deber por la justicia respetando la vida y la integridad física de los adversarios en esa lucha.

Como se puede comprobar son muchas cosas y no todas pueden ser desarrolladas adecuadamente en este ensayo. Quedémonos con que podríamos definir la noviolencia como el ejercicio por reducir al máximo los niveles de daño, sufrimiento y muerte en la búsqueda de la justicia, o sea, reducir los niveles de violencia existentes (regla de plata); o, bien, en realizar al máximo la vida, el bienestar, la autonomía y la identidad, algo que enlazaría con lo que ya sabemos sobre el derecho a la vida, los derechos económicos, sociales y culturales, y los derechos civiles y políticos, como un todo indivisible (regla de oro).

Ciertamente, la noviolencia desde el punto de vista conceptual y aplicado tiene muchas otras dimensiones (valorativas, argumentativas, etc.) que no entramos a discutir por cuestiones de espacio. Estas consideraciones en relación con principios éticos, valores, criterios y procedimientos, tales como por ejemplo la relación que se establece entre medios y fines, las metodologías, el poder, otros conceptos, la manera de hacer ciencia o la aplicación a cuestiones como la defensa, la diplomacia, etc., son algunas de las posibilidades de ampliación y sistematización donde entraría en juego la institucionalización de la noviolencia.

A continuación tan sólo desplegaremos algunas posibilidades de por dónde camina la institucionalización de la noviolencia.

## 2.- *Hacer política sin matar.*

Parece una afirmación bastante gratuita decir: ¡hacer política sin matar!. No lo es, a la vista de las múltiples decisiones políticas que se toman, muchas de ellas (de consecuencias) irreversibles, y las más de las veces sin tener en cuenta el principio de ignorancia o el principio de falibilidad. Una política adecuada desde un pensamiento noviolento implicaría sopesar mucho, no las estrategias o tácticas frías, o los objetivos últimos sin ahorrar en medios, sino las consecuencias que se derivan de tales acciones y quiénes, cuántos y cómo se toman las decisiones.

Hablar de política implica también el lenguaje político o si se quiere, en las coordenadas trazadas intentar desarrollar una *comunicación noviolenta* que implicaría lenguajes, discursos e ideas expresadas en tal sentido. Bobbio señalaba, con razón, que el método noviolento lo podemos practicar a diario e incluso podría ser una característica de

las democracias, dado que en éstas la base está en recurrir al compromiso, al consenso y a la renuncia al uso de la violencia para resolver todos los conflictos, y no sólo los conflictos políticos. Diálogo, pacto, prevención, cultura, lenguajes integradores, compromiso..., esas serían algunas de las columnas básicas de la democracia (Bobbio, 1997: 211).

Ciertamente, en algunas sociedades se ha avanzado mucho en evitar el lenguaje sexista tan ligado al desarrollo de formas de violencia cultural. Crear un lenguaje de género, como etapa intermedia o quizá en muchos casos final, ha ayudado a comprender la discriminación histórica que han sentido (y sienten) las mujeres, aunque muchas de ellas no se atreven, aún, a expresarlo. Una manera de construir noviolencia institucional está, también, en aplicar tales prácticas en las instituciones públicas y en otras instancias (la familia sin duda).

Asimismo, uno de los terrenos en los que más se podría trabajar es en el lenguaje y el discurso político. Una asignatura pendiente en muchos lugares del mundo. La política y su forma más común de expresión, la palabra, ha servido para generar formas de exclusión, alienación y segregación. La fortísima contraposición de las filosofías políticas defendidas por Carl Schmitt o por Hanna Arendt son una muestra palpable de la dificultad de interpretación de la cuestión. Y ambas son necesarias para entender qué es la política (y cómo habría de conducirse de manera noviolenta); sin embargo, la concepción arendtiana sobre la pre-política como una etapa de violencia y la política como la superación de la misma y la apertura al acuerdo, implica haber encontrado un lenguaje común. Los esfuerzos, sin embargo en este sentido, desde el punto de vista histórico, también filosófico-político, están en fase primitiva de construcción. El lenguaje de la guerra lo ha impregnado casi todo desde nuestros comentaristas deportivos hasta nuestras tertulias académicas. Por no señalar las dificultades para que sean aceptadas las palabras o los lenguajes de la paz. El movimiento pro derechos civiles de los Negros norteamericanos se defendió de manera especial en este sentido: “I am a man”, “Black is beautiful”, etc., eran frases sencillas que tenían una gran carga semántica en contextos culturales donde lo que debería ser obvio no lo era en absoluto. El movimiento feminista inglés, también jugó con el lenguaje para hacer notar las contradicciones culturales que conducían al sistema patriarcal capitalista, señaló cómo habría que inventar otra palabra que las recogiera a ellas y cambiar “history” por “herstory”. Por sólo poner otro ejemplo, el gran novelista ruso León Tolstói advirtió de la contradicción de las palabras al ser rubricadas por unos o por otros. Matar a una persona era matar, e iba a su juicio contra la ley de Dios, sin embargo cuando se hacía en tiempos de guerra el estado nos convertía en héroes y, cuando lo hacíamos en tiempos de paz nos convertía en criminales. El genial Charles Chaplin tomando esta idea convirtió a su película *Monsieur Verdoux* en una crítica a los lenguajes equiparando los muertos del campo de batalla con las víctimas de un asesino (Landrú para más señas).

Siendo más concretos, para una política que quiera institucionalizar la noviolencia se ha de partir de rebajar al máximo posible la capacidad (legítima) de usar la violencia directa. Todos los esfuerzos por desterrar la guerra como instrumento de política internacional van en esa línea (ya se ve muy lejos el Pacto Briand-Kellog pero no convendría olvidarlo). Junto a ello, todo lo que impliquen políticas de militarización, armamentismo, investigación científico-militar, perfeccionamiento en la destrucción o en la violencia directa hay que denunciarlas y exigir la máxima transparencia. Trabajar en la línea de lo que se denominó como *dividendos de la paz* (aquellos recursos no usados para las armas o la defensa y que se destinan a bienes sociales) es una clara plasmación de aquello. Esto implicaría no sólo reducir el número de armas, sino los efectivos humanos,

los recursos a investigación, la reconversión de las industrias militares a usos civiles, la liberación de zonas militarizadas buscando usos sociales, etc.

Hay campos concretos en los que los movimientos sociales no violentos han trabajado: la objeción de conciencia al *servicio militar obligatorio* (o conscripción). No ha sido tarea fácil que los legisladores contemplen no sólo el deber que algunos ciudadanos tienen de no quitar la vida a sus semejantes (ni aún en tiempos de guerra), sino el *derecho* a no hacerlo y el expreso reconocimiento de los Estados a ello. Son muchos aún los países que no han legislado sobre ello pero son más los que lo han hecho, no por motu proprio sino por la presión del pacifismo.

Asimismo, las experiencias en algunos países, como Italia, Reino Unido, Dinamarca, etc., sobre la formación de los cuerpos policiales en la cultura del conflicto y en técnicas no violentas ha dado resultados notables. Formación y entrenamiento en técnicas preventivas, humanizadas y alfabetizadoras de las funciones de policía para dotar de recursos inmateriales y simbólicos en la prevención del delito, en el adecuado tratamiento de algunos delincuentes, en la colaboración con la ciudadanía, en la civilización de la policía, transformando sus aprendizajes y ampliando sus coordenadas dicotómicas por otras multifuncionales. Por ser algo más específico, muchos de estos policías han aprendido que no portar armas de fuego es una política más eficaz y persuasiva en ciertos barrios, generando confianza y creando más seguridad en su trabajo.

Otra línea de trabajo interesante ha consistido en la persistente campaña de la abolición de la pena de muerte como instrumento de los Estados. *Amnesty International* desde todas sus secciones lleva más de 15 años con esta tarea. Se ha conseguido mucho, porque cuando el Estado no mata, no sólo se humanizan las relaciones jurídico-penales, sino que se da una oportunidad cultural y motivacional a la recuperación de los reos. Con ello no se demuestra la incapacidad de una sociedad a no ser capaz de rehabilitar, reeducar y resocializar. Aplicar la pena de muerte no es sólo arrojar la toalla, sino segar una vida en una lógica de Ley del Talió que quiere superar el pensamiento no violento. Abolir la pena capital es una victoria clara de la institucionalización de la no violencia, al menos en el derecho a la vida. Porque se conoce históricamente que muchas sentencias de muerte han sido errores, lógicamente, irreversibles.

Algunas otras posibilidades de institucionalización de la no violencia se han abierto con la recuperación de instrumentos y metodologías que provienen de la justicia restaurativa, de la humanización de las cárceles, de las técnicas de los funcionarios en el trabajo social, de la adecuación y planificación de programas específicos ligados a la edad, al género, al barrio, a la condición socio-laboral, etc., desde insisto culturas de paz y no violencia. O dicho de otra manera, cuando se ha entendido la política, con mayúsculas, y no sólo la política social como hermana menor, desde una *ética del cuidado*, es decir, en la lógica aplicada de la política como cuidado.

Por tanto, si el desarraigo de la violencia directa tiene un campo muy fértil es en las políticas de prevención, la política debe ser prevenir antes que curar, procurando orientar las conductas, actitudes y comportamientos hacia una cultura de la paz y la no violencia. La violencia no es innata, no se hereda, no existe el gen de la violencia, lo que existen son comportamientos aprendidos, imitados o banalizados. Aquí significa invertir mucho, no sólo en recursos económicos, sino humanos, en prioridades, en valores y en objetivos que tiendan a buscar, reforzar o conseguir políticas no violentas. Cuando se ha de intervenir en la curación psico-social de los *niños-soldado*, o de todo lo que ha quedado dañado, traumatizado, etc., tras las culturas de la muerte y la guerra, no se tiene garantías de éxito. Trabajar sobre la desconfianza, la amargura, la represalia, la retaliación para convertirlas



en zonas de confianza y esperanza resultan tareas titánicas. Es siempre mejor prevenir porque los traumas tienen efectos multiplicadores y hondos difíciles de restaurar para el proceso de humanización. Cualquier coste, sin embargo, en la prevención política de la violencia, en la desescalada, en la alfabetización de las formas de resolver conflictos pacíficamente es un ahorro incalculable en vidas, economías y tejido social saludable.

Finalmente, que era posible hacer política sin matar (tomado en sentido literal o como un proceso no utópico), nos lo ha enseñado el propio Gandhi al institucionalizar la noviolencia que fue comprendida no como la renunciar a hacer política como acción colectiva sino renunciar a la violencia como medio de hacer política entendida como la relación amigo-enemigo. Quizá se deba de enseñar más a Gandhi en las facultades de Ciencias Políticas para comenzar a explicar de otra manera este saber.

### *3.- Cultura y educación para la paz y la noviolencia*

Para aquellos que consideran que el ser humano no está predeterminado fundamentalmente por la genética, el nacimiento o cualesquiera otra condición de partida, saben que una de las claves de cualquier transformación y orientación del ser humano radica en cómo ha sido su educación. En realidad, la educación, como vivir en sociedad, nunca se extingue, es una tarea permanente.

Asimismo, la atmósfera ideal, el oxígeno que alimenta al ser humano es la cultura. Somos en gran medida lo que nos ha hecho la cultura que hemos adquirido y con la que encontramos sentido y razón a muchas cosas que hacemos o que decimos. En tal sentido recuperar las experiencias históricas, las creencias, las filosofías, los paradigmas, etc., que nos permitan trazar un entramado tupido, fuerte, sostenible, perdurable que ofrezca sentido, ideas, caminos, etc., hacia la paz y la noviolencia es una tarea político-social encomiable y, las más de las veces, fructífera. En este sentido, UNESCO nos ha ayudado mucho a fijar, no sólo políticas y metas sino conceptos que aunque ya existían nos ayudan a trazar horizontes y evaluaciones. Este es el caso del concepto *cultura de paz*, cuya definición oficial dice: “Una cultura que promueva la pacificación, una cultura que incluya estilos de vida, patrones de creencias, valores y comportamientos que favorezcan la construcción de la paz y acompañe los cambios institucionales que promuevan el bienestar, la igualdad, la administración equitativa de los recursos, la seguridad para los individuos, las familias, la identidad de los grupos o de las naciones, y sin necesidad de recurrir a la violencia” (UNESCO, Declaración para el AÑO 2.000). Lógicamente frente a una (in)cultura de la muerte, la violencia y la guerra: paradigma que ampara un conjunto de valores, actitudes, normas y comportamientos que inducen, mueven o desarrollan la legitimación y uso de diversas formas de expresión de la violencia (económica, social, psicológica, cultural) que causan en las personas sufrimiento, destrucción o disminución de su calidad de vida o de sus necesidades humanas.

Aquella definición implica convertirnos, a todos y todas, en protagonistas en la construcción de la paz, en agentes alfabetizadores y socializadores de este fenómeno profundo que es la cultura.

Cultura que implica, no improvisación, sino esmero, arte, empeño, compromiso, en definitiva, cultivo donde no sólo cabe seleccionar la semilla, sino cuidar la planta y recoger el fruto, son las trazas de lo que define lo humano. En tal sentido la socialización y la educación son los dos pilares centrales de una cultura aplicada a un humano. Ciertamente,

no es sólo en el ámbito de la familia, la escuela o el trabajo, sino en todos los órdenes de la vida.

Aplicándolo a la educación para la paz, para aquellos que además se dedican a este oficio profesional de la educación saben, de manera genérica, que conviene distinguir en lo que se enseña y el medio de enseñarlo, esto es, entre los contenidos y los procedimientos o medios. Siendo éstos últimos no sólo el método sino, también, otras muchas cosas como: las relaciones sociales dentro de la comunidad educativa, el ambiente de clase, el nivel de participación, el estilo organizativo del centro, el grado de apertura hacia otros agentes educativos y socializadores, etc., no resulta baladí señalar que estos elementos aparentemente implícitos en la relación enseñanza-aprendizaje, resultan importantísimos para dar coherencia a los contenidos y a las metodologías a impartir. Aún más es así si, al referirnos a la educación, no tomamos sólo desde la escuela hasta la universidad, sino todo aquello que se aprende en el entorno: el hábitat más amplio. De poco serviría hablarles de educación para la paz a unos niños que viniesen sin poder desayunar al colegio, en éste, como en muchos casos, la educación para la paz consistirá en proporcionarles esos medios, los contenidos ya vendrán.

Plantear, con seriedad, un modelo educativo, un ideario, una filosofía educativa fundamentada en la paz y la noviolencia implica todo un conjunto de propuestas de partida:

- a) que la educación para la paz y la noviolencia no es algo que se limite al *contenido* (qué enseñar); sino que tiene que ver, también, con *la forma* (cómo hacerlo) de desarrollar cualquier materia;
- b) conviene acentuar como importante *lo que se vive* y no sólo lo que se dice: aprender a cooperar, a escuchar, a transformar, a desarrollar habilidades, a participar, a pensar, a argumentar sin dañar a los otros, etc., resultan básicos por encima de saber qué año nació Cervantes o dónde está Tanganika por citar un poema de Gabriel Celaya;
- c) que en la educación para la paz y la noviolencia no puede haber contradicción entre fines y medios, ¡ya está bien de repetir la cantinela de “la letra con sangre entra”!;
- d) alfabetizar en el conflicto y las formas de violencia (especialmente cultural y estructural) para formar personas responsables, autosuficientes y libres con capacidad de romper dinámicas, estructuras y formas organizativas que conducen a la pasividad, el individualismo, la meritocracia, la sumisión, etc., como dijera Lorenzo Milano, el inspirador de la Escuela Barbiana y la *escritura colectiva*: “vivimos en un mundo donde la obediencia no es ya una virtud”, si aquella induce a aceptar las injusticias, o como dijera Martin Luther King Jr.: “no me escandaliza tanto la violencia de los injustos cuanto el silencio de los justos”;
- e) educar para la paz y la noviolencia implica un fuerte componente crítico de los contenidos docentes (qué se enseña), de su selección y organización, de lo que está presente y de lo que está ausente en el currículum, porque los contenidos son un lugar privilegiado donde se ocultan muchas formas de violencia.

Cualquier visión de conjunto y, aún más, un análisis pormenorizado de cómo funcionan nuestros sistemas educativos, qué contenidos se imparten y cómo, nos ayudaría a saber cuán alejados o cercanos se puede estar de tales presupuestos. Una visión generosa de la noviolencia institucional implicaría adoptar los códigos y recomendaciones de instituciones como la UNESCO que ha aprobado una declaración bien precisa y certera de qué hacer y cómo hacerlo en “La Década de la Paz y la Noviolencia para los Niños del mundo (2001-2010)”, aún cuando es manifiestamente mejorable.

Asimismo, desarraigar las culturas de la muerte y enraizar la cultura de los derechos humanos sería una buena honda de institucionalización de la no violencia. Para ello es necesario persistir en la alfabetización crítica y en el empoderamiento de los ciudadanos, desde bien pequeños, porque una sociedad saludable que proteja y promueva los derechos humanos es un buen antídoto contra las extralimitaciones de los estados, y una medicina preventiva (en positivo) de expansión de la cultura de la no violencia.

Sin ser exhaustivos, la integración de la enseñanza-aprendizaje de los derechos humanos en las escuelas da sus frutos. Ofrece protagonismo a los jóvenes, a las mujeres y a los débiles. Hace a todos partícipes de un mundo común, donde la justicia es indivisible de los comportamientos, los compromisos y la solidaridad. Esta enseñanza pone de manifiesto la interrelación humana, hace emerger los problemas lejanos como propios, permite visualizar las responsabilidades colectivas, alfabetiza para afrontar y encarar los problemas desde sus raíces y sus complejidades. Junto a ello se hace especial énfasis en cuestiones interculturales, de género, de visibilización de los excluidos (prostitución, campesinos sin tierra, *homeless*, trabajo infantil, etc.), sobre la base de que todos estos problemas tienen soluciones concretas, salidas no violentas, posibilidad de resolverse.

Los derechos humanos aplicados a los colegios permiten, asimismo, poder discutir códigos deontológicos, responsabilizar a los futuros ciudadanos en tareas que cambien el mundo, a aprender de otras culturas y otros pueblos, a inmunizarse respecto de la uniformización cultural y globalizadora, a saber consumir, a respetar y ser respetados, y así un largo etcétera.

En otro orden, la combinación de filosofía de la no violencia con derechos humanos ha dado una experiencia interesantísima en la destrucción del sistema del Apartheid y en el ensayo de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación sudafricana. No es sólo poner freno a la violencia directa, sino profundizar en cómo superar, de manera sostenible, la arraigada violencia cultural, los traumas más profundos, las diferencias marcadas por la piel, por lo aprendido sobre la base de tópicos, mitos y falsedades. Y cómo hacerlo de manera alternativa y superadora de la violencia de imposición cultural, mediante una autoevaluación sincera, honesta y regeneradora. No es causalidad que Desmond Tutu o Nelson Mandela sean herederos legítimos de esa filosofía de la no violencia que la han llevado a institucionalizar en aquella experiencia.

#### *4.- La lucha por denunciar, desmantelar y encontrar alternativas a la violencia estructural.*

Institucionalización significa emprender procesos de construcción que capaciten a las personas, a las instituciones, a las comunidades, etc., a reflexionar (e incluso cambiar) la preferencia de sus enfoques, visiones, valores, políticas, decisiones y prácticas.

Gandhi decía que la no violencia no podía ser sólo una técnica de lucha no armada y no cruenta. Debía ser un programa constructivo que buscara el bienestar de todos (*sarvodaya*), no sólo de la mayoría. Esto implicaría enfocar y estructurar las instituciones y las políticas con este fin, bajo la profunda exigencia de que la sociedad se organice de modo que garantice a cada uno de sus miembros los recursos materiales necesarios (comida, vivienda, atenciones médicas, etc.) para llevar una vida simple y sana; y también una máxima e igual posibilidad de realizarse completamente. En ambos casos, implica que la economía debe estar vinculada por exigencias precisas de equidad, justicia y solidaridad.

El economista Eric F. Schumacher lo planteó en similares términos al comparar la *economía budista* con la *economía moderna* (capitalista): «la economía budista trata de

maximizar las satisfacciones humanas por medio de un modelo óptimo de consumo, mientras que la economía moderna trata de maximizar el consumo por medio de un modelo óptimo de esfuerzo productivo» (*Lo pequeño es hermoso*, 60).

La terrible realidad de que el mundo no sea así, ni gandhiano, ni budista, en los términos referidos es lo que la investigación para la paz, a través de Galtung, ha denominado la violencia estructural. Comparar la esperanza de vida, o la renta per cápita, o el analfabetismo entre un país del Norte europeo y otro del Sur africano, es suficiente para poder apreciar qué se quiere decir con violencia estructural. Esta injusta y explicable (al menos históricamente) distribución de los recursos, los bienes y los servicios que genera la humanidad infligen un enorme sufrimiento y acarrea miles de muertes al día. Es lo contrario de lo que busca la no violencia.

Esta violencia estructural siembra las semillas de otras formas de violencia directa o acaba por justificar en qué términos definimos la violencia cultural. No es ajeno a todo ello el modelo de desarrollo dominante, una forma de *maldesarrollo* agresivo, alienante, sufriente. No es ajeno el sistema de Bretton-Woods, el G-7, las instituciones bancarias que prestan dinero pero exigiendo fuertes ajustes estructurales donde han de cuadrarse las cuentas macroeconómicas sin importar los rostros humanos que han de soportar tal política. La deuda histórica externa, los sistemas de mercado inducidos por la publicidad hacia el consumismo, el papel de las empresas multinacionales, etc. Como ha señalado Brian Martin (2001) son los típicos problemas debidos al capitalismo: desigualdad social legitimada, insatisfacción ante el trabajo, consumidores insaciables, oportunidades gananciales que favorecen prácticas antisociales, potenciación del egoísmo, desvalorización de la cooperación, etc.

Efectivamente, el capitalismo es un sistema difícil de desafiar porque se infiltra en la vida cotidiana de la gente convirtiéndola en parte del proceso. En tal sentido es difícil que el propio capitalismo busque institucionalizar la no violencia, no entra entre sus objetivos y cálculos, está claro. Necesitamos acudir a otras instancias: a la sociedad civil, a las ONGs, a los movimientos sociales *no-global*, a las organizaciones populares, indígenas, feministas, políticas y sindicales, a los funcionarios sensibles, a los intelectuales, a las amas de casa y estudiantes, a los campesinos, a todos aquellos que estén dispuestos a ser sensibles a este tema de cómo reducir al máximo la violencia estructural.

Sin embargo, el capitalismo y la violencia estructural que genera puede ser abordado desde una estrategia no violenta. Por ejemplo, una de ellas es desvelar la conexión entre capitalismo y el mantenimiento de instituciones o sistemas violentos, no sólo guerras (de fuentes energéticas, de dominio colonial), sino de ejércitos permanentes y gastos ingentes en mantener la seguridad bajo el sistema de la inseguridad-seguridad-inseguridad. Cabe afirmar (y demostrar) que se puede plantear la defensa desde otras lógicas y que el ejército, como la policía, deben estar sólo en manos de quienes pagan los impuestos que les mantienen.

Otra cuestión: poner en tela de juicio los dogmas de fe incuestionables sobre los que se asienta la forma de producción que genera más violencia estructural. Ese conjunto de creencias genera comportamientos (consumismo, individualismo, egoísmo, etc.) y la ciega confianza en la propiedad privada, difundiendo que el capitalismo es la mejor de las alternativas, que es inevitable, que se reciba en función de lo que se gana (ocultando mecanismos de poder en la distribución o división del trabajo) o que el mercado es el mejor y más eficaz método de distribución, además de zarandajas como que el aumento de la producción y del consumo acrecientan la felicidad.

La noviolencia trabaja intentando ofrecer una cultura alternativa a todo esto. ¿Si la libertad es una pieza fundamental en el mercado por qué no lo es en el mercado de trabajo? ¿Por qué tantas restricciones a la inmigración o por qué las discriminaciones de sexo y raza son compatibles con el mercado de trabajo fundado en el mérito? También recordando cómo muchas alternativas históricas al capitalismo fueron sistemáticamente reprimidas por éste sobre la base de ser pre-modernas o anti-modernas: los sistemas de producción artesanal, los sistemas de producción familiar, las iniciativas de control de la producción por parte de los trabajadores, la destrucción de los sistemas de solidaridad comunitaria por la monetarización de éstos, la proletarización creciente de los trabajadores, la destrucción de las formas locales de producción, etc.

Tomado en un sentido positivo, la institucionalización de la noviolencia ha significado buscar y desarrollar alternativas a la violencia estructural, desde ONGs que han criticado al desarrollo capitalista y lo pretenden cambiar por un desarrollo autosostenido, utilizando las siglas de la paz, PEACE, un desarrollo participativo, equitativo, apropiado (en valores y tecnologías), concientizador y ecológicamente sustentable, porque un desarrollo pacífico ha de tener como prioridad central las necesidades básicas de los ciudadanos y repensar las metas del alto consumo tecnológicamente ligado al progreso. Sobre esta base toda una cultura de la solidaridad, que no de la caridad, desplegada por miles de ONGs transnacionales y movimientos antiglobalización, por ONGs locales, por grupos empoderados, etc., han potenciado y hecho emerger la cooperación y no la competición como fundamento y filosofía de sus actividades, dando prioridad en la distribución a los más necesitados, convirtiendo el trabajo en una actividad satisfactoria, realizando estas transformaciones con la gente, por la gente y para la gente, y no por indicaciones de expertos alejados, sabios tecnólogos o autoridades facultativas. Con políticas y decisiones noviolentas que hacen compatible, hasta el máximo de lo posible, la coherente relación entre medios y fines. En realidad cada uno de estos enunciados es un auténtico desafío para el espíritu capitalista de hacer las cosas, que es el derroche, la producción superflua, las actividades insensatas y ecológicamente insostenibles.

Han sido interesantísimas las muchas y múltiples experiencias en este sentido de construir una economía noviolenta. Un repaso a los *Right Livelihood Award* (Premios Nobel Alternativos) que han galardonado las formas de vida adecuadas a las cuestiones medioambientales, ecológicas y sustentables nos permite ver cómo está presente la vida en todas estas iniciativas: la permacultura, la interpol del consumidor, el auto-empleo, las energías renovables, el desarrollo ecológico, la asistencia legal, el movimiento de cinturón verde, los fondos rurales, el banco de los pobres, los institutos de política alimentaria, los centros de investigación y recuperación de las víctimas, las cooperativas de distribución y consumo, el cuidado y aprendizaje de la solidaridad, la justicia económica, la investigación para la paz, los derechos humanos, la defensa de las culturas indígenas, la resistencia a la guerra, la agricultura orgánica y biológica, el consumo responsable, las tiendas de comercio justo, la producción de insumos biológicos, la comida infantil alternativa, la defensa del Amazonas, la preservación de los espacios verdes, la liberación de la deuda, el desarrollo del trueque, los sistemas monetarios locales, y un largo etcétera.

Todas estas iniciativas, y muchísimas más, han sido institucionalizadas por miles de ONGs, grupos y personas individuales, que han tenido como marco de referencia la noviolencia y la cultura de la paz, ellas han permitido pensar y aplicar que *otro mundo es posible*.

## *5.- Algunas consideraciones finales.*

La noviolencia significa la apuesta por una sociedad de la vida, por humanizar las relaciones sociales y todas sus dimensiones. Institucionalizar eso, o apoyar el proceso de institucionalización no es tarea sólo de la sociedad civil sino que también deben y tienen que implicarse los poderes públicos, las instituciones del estado, si este quiere estar al servicio de la vida y no de unos pocos.

En este ensayo he expuesto sólo algunas tendencias o indicadores hacia la institucionalización en un sentido amplio y tomando, sobre todo, la noviolencia en su concepción genérica, como negadora de las diferentes formas de violencia existentes, y sólo desarrollando tímidamente su proyección alternativa y considerada como global e integralmente sustitutiva de los sistemas de violencia.

Es importante tener presente las múltiples interrelaciones que hay en el mundo actual y, al igual que estas funcionan cuando se ponen en marcha mecanismos violentos también lo hacen cuando se desarrollan las culturas de la paz y la noviolencia. No obstante, hemos querido anotar implícitamente que si bien se gastan altísimas cantidades en defensa y armamento no se tiene la misma consideración y voluntad en invertir en culturas para la paz. Esta gran contradicción ha de ser no sólo denunciada sino superada o el mundo, en su conjunto, no cambiará.

El pacifismo, en todas sus formas, y la noviolencia en su especial conocimiento de cómo funciona la violencia han venido desarrollando y ofreciendo salidas a los procesos de escalada y deshumanización violentas, pero a este proceso se han unido –en una cultura de masas– otros muchos actores: movimientos feministas, ecologistas, ciudadanos, antiglobalización, campesinos, indígenas, etc.; un amplísimo panorama que ofrece una riqueza, casi increíble, en el sentido de que es posible hacer las cosas rebajando al máximo el sufrimiento humano y potenciando su bienestar. Ideas hay pero no tanta voluntad, al menos por quienes han de tomar decisiones, desde la responsabilidad política y económica aquí y ahora.

El capitalismo ha volcado la economía hacia las ofertas y el mundo necesita y solicita economías vinculadas a las demandas: sociales, asistenciales, justicieras, en definitiva, más humanas. La noviolencia y toda la pléyade de propuestas desde formas de producción, distribución y consumo alternativas a la violencia estructural continúan mostrando las contradicciones y superando las contravenciones. Sin embargo, aún es una tarea ingente porque aunque se ha llegado a un punto de cierta maduración del empleo de la noviolencia para desafiar al capitalismo y construir alternativas, son necesarios impulsos de institucionalización para afianzar mucho de lo avanzado.

Por ejemplo, en este último sentido, los gobiernos a todos los niveles, internacional, nacional, regional, local, pueden ir trabajando en muchas de las propuestas y experiencias ya suficientemente contrastadas o interesantes de aplicar para cambiar la gobernabilidad, las relaciones humanas, los conflictos, etc. Se deberían dedicar más presupuestos a investigar formas de defensa alternativas a las que existen, basadas en la defensa civil noviolenta. Se deberían concretar partidas más altas para la difusión de la cultura de la paz. Se podrían crear cuerpos civiles de paz para prevenir, intervenir y transformar muchos conflictos que se pueden tratar noviolentamente. Se puede enseñar en todos los órdenes educativos formales, informales y aformales qué es y en qué consiste eso de la cultura de la paz y la noviolencia (planes de estudio, investigación, monitoraje, formación, etc.). Se pueden fomentar los centros de orientación social sobre la filosofía de la noviolencia para

empoderar a los más necesitados, para generar tejido social, confianza y capital humano semilla y escuela de democracia.

Si se quiere se puede. Dejo a la consideración del lector seguir pensando si puede él hacer algo en todo este sentido. Muchas gracias por haber llegado hasta el final de manera paciente.

### *Bibliografía utilizada:*

- ARENDT, Hanna (1988), *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza editorial.
- ARENDT, Hanna (2004), *Eichmann en Jerusalén*. Madrid, Ediciones de Bolsillo.
- BOBBIO, Norberto (1997), *El tercero ausente*. Madrid, Cátedra.
- BOULDING, Elise (2000), *Cultures of Peace: The Hidden Side of History*. Syracuse University Press.
- CALLEJA, James (2000), “Aged Population, Violence and Nonviolence toward”, en Kurt, Lester (ed.) (2000), *Encyclopedia of Violence, Peace and Conflict*. London, Academic Press. Vol. 1º (pp. 1-15).
- ELKINS, Paul (1992), *A new world order: Grassroots movements for global change*. London, Routledge.
- GLOVER, Jonathan (2001), *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*. Madrid, Cátedra.
- HOBBSAWM, Eric (1995), *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica.
- KING, Mary (1999), *Mahatma Gandhi and Martin Luther King Jr. The Power of Nonviolent Action*. París, Unesco.
- L’ABATE, Alberto (1990), *Conflitto, consenso e mutamento sociale*. Milano, Angeli.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (2004) “Noviolencia y cambios sociales visibles”, *Polis*, nº 9, Santiago de Chile.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (2003), “Noviolencia, política y ética”, Varios Autores, *El poder de la fragilidad*. Bogotá, Kimpres.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (dir.) (2004), *Enciclopedia de Paz y Conflictos*. Granada, Ed. Universidad de Granada-Consejería de Educación y Ciencia, 2 vols.
- MARTIN, Brian (2001), *Nonviolence versus capitalism*. London, War Resisters’ International.
- MÁZ, Mercedes (coord.) (2000), *Educación en la no violencia*. Madrid, CSC.
- MULLER, Jean-Marie (2004), *Il principio nonviolenza. Una filosofia della pace*. Pisa, Pisa University Press.
- PONTARA, Giuliano (1976), “Introduzione” a Mohandas K. Gandhi, *Teoria e pratica della non violenza*. Torino, Einaudi.
- SHARP, Gene (2002), *From Dictatorship to Democracy. A Conceptual Framework for Liberation*. Boston, The Albert Einstein Institution.
- SHARP, Gene (1973), *The Politics of Nonviolence Action*. Boston, Sargent.
- SALIO, Giovanni (1999), *Il potere della nonviolenza. Dal crollo del Muro di Berlino al nuovo disordine mondiale*. Torino, Gruppo Abele.
- SOREL, Georges (1976, original de 1906), *Reflexiones sobre la violencia*. (prefacio de Isaiah Berlin). Madrid, Alianza editorial.
- SWEE-HIN, To; FLORESCA-CAWAGAS, Virginia (2000), “Institutionalization of Nonviolence”, en Kurt, Lester (ed.) (2000), *Encyclopedia of Violence, Peace and Conflict*. London, Academic Press. Vol. 1º (pp. 211-222).
- TODOROV, Tzvetan (2002), *Memoria del mal, tentación del bien*. Barcelona, Península.
- ZUNES, Stephen (1994), “Unarmed insurrections against authoritarian governments in the Third World: A new kind of revolution”. *Third World Quarterly*, 15, 403-426.

*Webs consultadas:*

<http://www.onu.org/Agenda/cpaz/ar5325.pdf> (resolución aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas sobre el Decenio de paz y noviolencia para los Niños).

[http://www.uam.es/personal\\_pdi/elapaz/mmmartin/04\\_materialdidactico/15\\_colaboraciones/etica/ancianos.html](http://www.uam.es/personal_pdi/elapaz/mmmartin/04_materialdidactico/15_colaboraciones/etica/ancianos.html) (sobre cuidados geriátricos).

<http://www.noviolencia.org/publicaciones/opcionpaz.htm> (Ley de Opción por la Paz de Gonzalo Arias Bonet).

<http://www.nonviolence.org/> (Peace antiWar homepage)

<http://www.permacultura-es.org/> (sobre permacultura).

[http://www.gea-es.org/agricultura/entrefuku\\_agricul.html](http://www.gea-es.org/agricultura/entrefuku_agricul.html) (sobre Masanobu Fukuoka).

<http://www.peace.ca/un2000celebration.htm> (materiales sobre cultura de la paz).

<http://archive.greenpeace.org/comms/ken/> (sobre Ken Saro-Wiwa).

<http://ikuska.com/Africa/Etnologia/Pueblos/> (sobre las prácticas de una gran multitud de pueblos que viven en África).

<http://www.survival.es/> (ONG sobre la defensa de los pueblos indígenas)

[http://www.unhchr.ch/spanish/html/menu5/wchr\\_sp.htm](http://www.unhchr.ch/spanish/html/menu5/wchr_sp.htm) (Conferencia Mundial de DDHH, Viena 1993).

[http://www.laesquinaregional.com/ediciones/ed13/13\\_mujerescontando.htm](http://www.laesquinaregional.com/ediciones/ed13/13_mujerescontando.htm) (¡Nada justifica la violencia contra las mujeres!, empoderamiento de mujeres colombianas).